

## Reseñas

Jesús Hernández Jaimes, *Las raíces de la insurgencia en el Sur de la Nueva España. La estructura socioeconómica del centro y costas del actual estado de Guerrero durante el siglo XVIII*, Congreso del Estado de Guerrero, LVI Legislatura/Instituto de Estudios Parlamentarios, México, 2002.

*Las raíces de la insurgencia en el Sur de la Nueva España. La estructura socioeconómica del centro y costas del actual estado de Guerrero durante el siglo XVIII*, de Jesús Hernández Jaimes, reviste relevancia desde varios puntos de vista. Primero, y para ir de lo particular a lo general, es un libro importante para nuestra comunidad académica, la del Instituto Mora, porque corresponde a la publicación de una de las buenas tesis realizadas en el marco de la maestría de Historia Moderna y Contemporánea que, con carácter de excelencia, se imparte en nuestro Instituto con el apoyo del CONACYT. En segundo lugar, creo que la obra será importante para el progreso de los conocimientos históricos en el estado de Guerrero. Mi valoración del texto parece confirmarse en el resuelto apoyo que la LVI Legislatura del Congreso del estado ha aportado a la publicación de dicho trabajo. En este campo es digna de

subrayarse la labor realizada por el Instituto de Estudios Parlamentarios Eduardo Neri con el fin de promover los resultados del trabajo de jóvenes investigadores guerrerenses y emprender una meritoria etapa de renovación de los trabajos científicos en la entidad, cuyos frutos empiezan a capitalizarse en el terreno de las ciencias humanas, entre las que se cuenta, con prioridad, la historia. Por fin, y quizá sea esto lo más relevante, el libro a que nos referimos es importante porque constituye en sí una valiosa aportación metodológica al acervo histórico regional mexicano. En efecto, *Las raíces de la insurgencia en el Sur de la Nueva España. La estructura socioeconómica del centro y costas del actual estado de Guerrero durante el siglo XVII* no sólo se va a volver un “clásico” de la historiografía guerrerense, de imprescindible consulta para quien quiera acercarse al entendimiento del desarrollo económico, político y social de las tierras del Sur hasta los umbrales de la etapa nacional, sino que va a volverse un objeto de meditación, quizá de estudio comparativo, para otros especialistas de historia regional.

En efecto, la cuestión regional, aunque no tratada como el tema principal del libro, enfocado como su título lo indica,

al estudio de las causas lejanas e inmediatas de la insurrección armada a favor de la independencia en el sur, subyace como una apuesta metodológica a lo largo del trabajo que nos ocupa. Jesús Hernández como María Teresa Pavía, por ejemplo —otra joven y brillante historiadora guerrerense, también apoyada por el Instituto Eduardo Neri—, y cuantos estudiosos enfocan su interés hacia épocas remotas de la historia guerrerense, se encuentran a la hora de interrogarse sobre el pasado colonial de esta región en una especie de orfandad puesto que no existe ningún territorio antiguo, constituido como tal desde tiempo atrás, que pueda prestar un espacio de sustentación política a la identidad moderna que ellos reconocen como propia.

A diferencia, por ejemplo, de los tlaxcaltecas que conservan una fuerte identidad política y cultural con su pasado histórico o de los michoacanos que pueden identificarse, aunque de manera aproximada, con sus ancestros tarascos o incluso de los huastecos que pueden servir de antepasados a los habitantes de tres de nuestras actuales entidades federativas, los guerrerenses se ven reducidos cuando tratan de evocar su pasado histórico a referirse a “el territorio que corresponde a lo que hoy se llama estado de Guerrero”.

La fecha tardía de constitución de este estado, octubre de 1849, es una de las circunstancias que obliga a los actuales pobladores de la entidad guerrerense a recurrir a este largo circunloquio para referirse a su espacio territorial antiguo y a reconstruir, a partir de fragmentos aparentemente inconexos, el pasado colonial de su región. Aunque debamos observar, como lo reporta el trabajo de Jesús Hernández, que ya en los textos novohispanos se había

acuñado toda una perifrasis para referirse de manera global aunque imprecisa a una parte del conjunto de territorios hoy agrupados en el estado de Guerrero y se hablaba de “las Cordilleras y Costas de la mar del Sur”.

La voluntad de “re-pensar” el espacio colonial guerrerense es uno de los motivos por los que me parece meritorio el libro que no sólo reconstruye un pasado colonial para el actual estado de Guerrero sino que lo vuelve racionalmente inteligible —y por vías de consecuencias hace aflorar ante nuestros ojos raíces lejanas de la realidad política, económica y social actual— a pesar de que la historiografía en uso en esta entidad y fuera de ella, siempre haya concebido la territorialidad guerrerense antigua como una retacería de espacios dispares, agrupada arbitrariamente en el siglo XIX, ya que procedía de diferentes unidades político-administrativas, tanto civiles como religiosas, sean éstas alcaldías mayores, intendencias u obispados distintos así como, después, estados libres y soberanos diferentes.

Lo que el autor pone en evidencia al examinar los rasgos propios de cada una de las diversas subregiones que vinieron a integrar el estado de Guerrero y la dinámica de su proceso evolutivo, son las relaciones de complementariedad que poco a poco las fue aglutinando para redundar en su lógica regional actual. Para empezar y gracias a una pertinaz labor de investigación desarrollada principalmente en el Archivo General de la Nación, Jesús Hernández, como buen historiador, parte de la geografía y examina el suelo, ofreciéndonos datos hasta ahora muy poco trabajados relativos a la historia de la propiedad de la tierra en su región. No se trata de una historia exhaustiva de la pro-

piedad durante la época colonial en los territorios hoy pertenecientes al estado de Guerrero, pues no era éste el objetivo de su trabajo. Sin embargo, este investigador ha logrado realizar, como de paso y en un estudio enfocado hacia otra problemática, una valiosa aportación historiográfica puesto que extrajo del universo documental consultado nada menos que un esquema diferenciado de las características de la propiedad de la tierra en la época colonial para cada una de las tres grandes subregiones que distingue y que contraponen: la Costa Chica, la Costa Grande —con el caso particular de Acapulco— y la región Centro, en torno a los núcleos urbanos de Chilapa, Tixtla y Chilpancingo.

Gracias a una juiciosa selección de casos, Jesús Hernández traza en su libro una semblanza general de la distribución de la tierra en estas tres zonas desde los inicios de la colonia. Además, esboza partes de la historia de su control a lo largo de 300 años. De este modo es llevado a observar el tipo de producción agrícola o pecuaria que se fue desarrollando en cada una de las subregiones mencionadas, y la relación que estas producciones mantuvieron con la densidad y la distribución de la población, así como su incidencia en la construcción de un mercado local o regional o bien en la integración —cuando la hubo— a la red de negocios de los grandes comerciantes de la capital virreinal y por el conducto de éstos con los flujos mercantiles internacionales. De suerte que el autor, entendiendo de una manera —a mi modo de ver acertada— la problemática regional como una cuestión esencialmente humana y política nos brinda un sistema explicativo de la unidad política moderna que constituye el actual estado de Guerrero,

fundada en el reconocimiento de una pluralidad, regional o subregional antigua, conformada a lo largo de la etapa colonial.

En la diferenciación regional que así establece concede desde luego una gran relevancia a las consideraciones geomorfológicas y climáticas, pero las verdaderamente determinantes son las propiamente humanas como las demográficas o étnicas, las relacionadas con el régimen de propiedad de la tierra —o el repartimiento de mano de obra cuando lo hubo— y con los circuitos comerciales, variables que obviamente tuvieron que sufrir una evolución a lo largo del periodo bastante extenso que cubre su investigación. Estas características son las que explican la dinámica peculiar del desarrollo en cada subregión y el equilibrio, en cierta forma compensatorio, que se fue estableciendo entre las tensiones económicas, sociales y políticas registradas en cada una de ellas.

Establecido este marco, Jesús Hernández pasa a estudiar el impacto que tuvo sobre él el surgimiento y desarrollo de la producción algodonera. Pone al descubierto para cada una de las tres subregiones ya bien diferenciadas que ha distinguido, modalidades diferentes de conformación de las cadenas productivas y comerciales, rastreando la presencia del cultivo del algodón desde la primera mitad del siglo XVIII, fecha bastante anterior por cierto a lo que usualmente se solía considerar. Este examen le permite seguir la formación de circuitos mercantiles intrarregionales que acompañan la expansión productiva algodonera, y la cobertura del avío de este cultivo por las elites locales prontas a articularse con las redes de distribución de los grandes comerciantes ubicados en la capital virreinal, con el fin de mantener directamente su propio

control sobre el flujo de las mercancías y del crédito hacia los productores. Estos vínculos explican en última instancia la variación de las medidas administrativas, fiscales y recaudatorias aplicadas por las autoridades virreinales para responder a los requerimientos de la corona española, siempre deseosa de extraer más recursos de sus colonias ultramarinas. Los esfuerzos desarrollados por la Real Hacienda a partir de 1777 con el fin de elevar el monto de sus ingresos fiscales tropezaron en las cordilleras y costas del Sur con toda clase de impedimentos, debidos principalmente a la insalubridad de las costas —y de la Tierra Caliente— cuyo clima solía volverse prontamente fatal para los españoles peninsulares. Sin embargo, y a pesar del considerable retraso que se debió a esta última causa, la reorganización administrativa de la recaudación alcabalaría fue finalmente llevada a cabo con un personal en su mayor parte criollo y logró resultados favorables para las cajas reales, causando el descontento de las elites locales, acostumbradas a manejar su dominio económico regional con una gran autonomía, sea que hayan usado en provecho propio los cargos administrativos que antes de las reformas borbónicas solían comprar, sea que sus lazos familiares o mercantiles con el entorno social en el cual se desempeñaban hiciera que no cubrieran sus funciones recaudatorias con toda la eficacia deseada por la corona española.

Este descontento de las elites constreñidas a entrar en el aro impositivo de la corona entró sin duda como una componente no despreciable en el malestar social que acompañó el surgimiento de la lucha insurgente armada en el sur. Pero ello no permite considerar al factor fiscal y admi-

nistrativo como “la” explicación determinante de la entrada del sur en la lucha armada contra el gobierno colonial. Asimismo, se registró entre 1805 y 1810 un desplome en los precios internacionales del algodón que repercutió sobre los productores de esta materia prima fabril en el Sur y sobre los circuitos comerciales relacionados con dicho producto, principalmente en la Costa Grande que estaba más directamente enfocada al comercio internacional de la fibra. Pero tampoco puede considerarse este factor económico como “el” elemento explicativo de la entrada a la guerra insurgente del Sur. Seguramente, como sucedió en otras regiones de la Nueva España, la multiplicación de los préstamos que exigió la corona española, la consolidación de los vales reales, ofrecieron a la población reiterados motivos de inconformidad con el “mal gobierno” y aumentaron el malestar de los descontentos contribuyendo a generar en algunas zonas un fuerte sentimiento antimetropolitano .

En fin, como lo señala Jesús Hernández, en el puerto de Acapulco —y en otras zonas donde habían proliferado las “castas”— el desprecio racial con que se trataba a los individuos pertenecientes a estos estamentos, enardecía los ánimos al grado de empujar a algunos hacia la “guerra de castas” como sucedió con el mulato insurgente Mariano Tabarés, quien se consideraba plenamente “criollo” de acuerdo con la acepción dada a esta palabra por los hijos de españoles nacidos en tierra americana o sea “criados” en la Nueva España y dignos, por este motivo, de asumir directamente el gobierno de su tierra. Sin embargo sería una deshonestidad intelectual dar a pensar, como se hizo algunas veces en el pasado, en medio de arrebatos

retóricos, que todo el Sur se unió sin vacilaciones a la guerra insurgente. Jesús Hernández, fiel a su metodología subregional, distingue diferencias locales y explica centrándose en estas características la adhesión realista que se registró mayoritariamente en la subregión del Centro y en buena parte de la Costa Chica.

Es decir, sólidamente apuntalado en su percepción de una diversidad subregional, asentada en los terrenos más fácilmente medibles y comprobables de la actividad económica o de la estructura de la propiedad de la tierra, Jesús Hernández extiende su fragmentación explicativa regional al terreno de la subjetividad —de las mentalidades o del sentir— lo que le permite registrar la pluralidad ideológica interna del universo colonial que estudia. Así accede a una forma totalizadora de la historia, sensible a los matices y a las diferencias que restituye su complejidad existencial al estudio del pasado y rechaza la tentación autoritaria de imponer para la totalidad del conjunto político hoy unitario que constituye el estado de Guerrero una interpretación general y simplificadora.

Al asumir que se produjo en cada subregión una coyuntura humana, étnica, social, económica y políticamente diferente, el autor se aparta de una tendencia explicativa centralista que dominó hasta hace poco la historiografía guerrerense y adopta frente a una de las grandes gestas nacionales mexicanas, la guerra de Independencia en el sur, objeto tradicional de orgullo para los guerrerenses, la actitud de un historiador profesional guiado por el rigor metodológico y la sensibilidad analítica más que por las finalidades apologéticas de un discurso republicano y li-

beral. Decidido a plantearse interrogantes y deseoso de buscar en los procesos históricos las respuestas a sus propias preguntas, Jesús Hernández hace avanzar una historia moderna, madura, que se declara dispuesta a interrogar el pasado y no a utilizarlo para engrandecer figuras heroicas idealizadas o para legitimar las pretensiones de abolengo político de un grupo social o de un partido.

Nicole Giron  
INSTITUTO MORA

Ernest Sánchez Santiró, Luis Jáuregui y Antonio Ibarra (coords.), *Finanzas y política en el mundo iberoamericano. Del Antiguo Régimen a las naciones independientes, 1754-1850*, Universidad Autónoma del Estado de Morelos/Instituto Mora/Facultad de Economía-UNAM, México, 2001, 392 pp.

El libro que nos ocupa es una antología formada por doce textos escritos por historiadores especialistas en las finanzas del antiguo régimen y del liberalismo que incluye, además, tres comentarios escritos por Herbert S. Klein, Josep Fontana y Marcello Carmagnani. Esta estructura de doce trabajos y tres comentarios tiene su explicación en el hecho de que el origen de este libro fue un coloquio, celebrado en la ciudad de Cuernavaca en el mes de abril del año 2000, titulado Finanzas y Política en el Mundo Iberoamericano. Aunque esto sólo fue dicho de forma muy discreta en la cuarta de forros y no, como hubiera sido de esperarse, en la introducción; conforme se va leyendo el libro resulta claro que se trata, efectivamente, de los trabajos y de los comentarios presentados en ese coloquio. A juzgar por la